



1080021274

DISCURSO

LEÍDO EN EL CERTAMEN LITERARIO

CELEBRADO PARA SOLEMNIZAR

EL TERCER CENTENARIO DE LA GLORIOSA MUERTE

DE

SANTA TERESA DE JESÚS

FOR

EL R. P. LUIS MARTÍN

DE LA

COMPañIA DE JESUS



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Torres

BILBAO

IMPRESA DEL CORAZÓN DE JESUS

Muelle de Marzana, núm. 7

1898

45690

BX4700

T4

M3



FONDO ENTERRIO
VALVERDE Y TELLEZ

EXCMO. É ILMO. SEÑOR (1):

1. Siempre las almas grandes, amamantadas á los pechos de la Iglesia Católica, han sido las que más alto han rayado en concepciones sublimes y arranques generosos. Del lado acá de la Cruz la historia está sobre este punto en consonancia con la razón; y lo que aquella nos testifica haber acontecido, eso imprescindiblemente debía acontecer. Porque, si bien es cierto que el genio no es planta exclusivamente indígena de ningún país, ni patrimonio de raza, sino que ha germinado siempre al calor de todos los soles y crecido bajo el influjo de todos los climas; no lo es menos que sólo en el campo feraz del catolicismo se aclimata por ley común, y florece y fructifica con todo su vigor nativo. Los genios sin fé jamás consiguen remontarse á las serenas é imperturbables altu-

(1) El Excmo. Sr. Obispo de la diócesis presidía el acto.

009129

ras de la verdadera sabiduría, y, cuando lo pretenden, véñse forzados, primero, á consumir gran parte de sus fuerzas en romper la nube de preocupaciones que entre ellos y la verdad se interpone, y luego, á cargar con todo el peso de la pasión que abate su vuelo, no dejándolos nunca sorprender aquellas luminosas regiones, ni menos cruzarlas á su sabor y contemplarlas con perfecto y cabal desembarazo. La Religión Católica, por el contrario, lejos de deprimir el vuelo del ingenio, le despeja el camino para que libremente se explaye, poniendo á sus pies las pasiones que obstinadamente le combaten, encauza luego todo el torrente de su energía; y cuando, vagando ya por las interminables regiones del saber, comienza á faltarle aire puro que respirar y el peso de sus propias alas le abate, la fé viene en su ayuda, da nuevo brío al espíritu que desfallece, y, descubriendo á su vista desconocidos horizontes, continúa elevándole con su poderoso empuje hasta encumbrarle á esferas jamás cruzadas por el genio humano, abandonado á sus propias fuerzas. Por eso la historia de la humana inteligencia no es más, si bien se considera, que la historia de dos grandes y encontrados ejércitos; el del error, compuesto casi siempre de gente allegadiza, alistada en los campos de la ignorancia y el desenfreno, capitaneada por corazones enérgicos que el vicio degradó ó genios ilustres que la pasión obcecó; y el de la verdad, el grueso de cuyas filas lo componen las inmensas muchedumbres partidarias de la probidad y el sentido común, y á cuyo frente de trecho en trecho campean las más colosales inteligencias

y los más generosos corazones de que se gloria e linaje humano.

2. Pues bien, uno de estos entendimientos pujantes y uno de estos briosos y enérgicos corazones, es la Santa cuyos escritos doctrinales me propongo examinar en la presente disertación. Su valor literario está muy por encima de los tiros de la crítica; y en medio del conflicto de opiniones que su lectura puede suscitar, sobrenada siempre la verdad de un hecho incontrovertible para todos, y hasta el día de hoy incontrovertido: el mérito verdaderamente excepcional que todos los sabios les reconocen. Y es que, en efecto, hay en las obras de esta Virgen reclusa, sacada contra su voluntad á los juicios de los hombres, algo parecido á un poder magnético. No importa que cerebros enfermizos desbarren al recorrer sus inspiradas páginas; trastornados y todo, los subyugará el influjo fascinador de su lectura, sentiránse arrastrados de irresistible amor hacia ella, y, mal de su grado, confesarán lo que todos hasta ahora han confesado: su grandeza.

3. Mas esta misma incontestable grandeza que yo intento bosquejar, es la que hace vacilar mi pluma y llena de abatimiento mi espíritu. Porque, si el embrazo del pintor al trasladar al lienzo la imagen de un alma noble es siempre grande, y tanto mayor, cuanto más puros y celestiales son los afectos que han de ir tomando cuerpo bajo el pincel; conjeturad cuál será mi recelo al tener que penetrar en el interior de un

alma como ha habido pocas, y describir aquel templo de la divinidad, iluminado siempre por ráfagas de luz deslumbradora, y embalsamado con perfumes de amorosos y sobrenaturales deliquios. ¡Oh, sí! El retrato de Teresa de Cepeda, con su alma limpia y transparente como el agua manantial, con su entendimiento vigoroso y fuerza de voluntad nunca vencida, es ya por extremo difícil; mas el retrato de Teresa de Jesús, es decir, de Teresa de Cepeda, endiosada por el fuego del amor divino, es imposible, por lo menos á mi tosco y desaliñado pincel. Sube de punto mi compromiso al tener que dirigiros la palabra, no solamente sobre un asunto superior á mis fuerzas, sino también después del brillante cuadro en que habéis visto desfilan una por una delante de vuestros ojos las más gigantes figuras de nuestro siglo de oro y las más grandes lumbreras de nuestra historia literaria. Los anales del mundo no registran quizás ni una sola centuria tan portentosa por sus hazañas y catástrofes como la XVI; y España era el corazón con que la Europa cristiana entonces latía. Pues esa edad, tan fecunda en grandes hombres, tan hazañosa en sus empresas, tan legendaria en sus triunfos, bélicos y literarios, artísticos é intelectuales, es la que habéis visto elocuentemente retratada en la fiel revista de teólogos y canonistas, oradores y jurisconsultos, guerreros y magnates, que mi digno condisertante acaba de hacer. Después de tan gratos y para nosotros ya casi romancescos recuerdos, ¿qué interés podrán despertar mis palabras al examinar los rápidos apuntes de una monja sin estudios, retirada del comercio social, absorta casi siem-

pre en el propio conocimiento y abandonada con frecuencia á los amorosos transportes de la teología mística? ¿Qué conceptos podré yo formular sobre tan árida materia, que paladee con gusto vuestro ingenio, cuando estáis todavía saboreando el dulce de esas frases, en que vuestro corazón de españoles y salmantinos ha apurado hasta las heces de vuestra gloria? Preciso es, por consiguiente, que yo reclame indulgencia de vuestra parte; y concretando más y más la materia para eliminar dificultades, me circunscriba á exponer los títulos que á la penitente Carmelita asisten para merecer el dictado de Madre Espiritual, con que la Iglesia la apellida, ó el de Doctora Mística, con que la aclaman á una voz los sabios de todas las Escuelas (1).

4. El faro que alumbra los pasos del alma en su rumbo hacia Dios, no es más que uno, la Teología. Las partes, empero, de esta ciencia sagrada, que esclarecen tan peligroso derrotero, son tres: la *Moral*, que, declarándonos el sello de bondad ó de malicia impreso por Dios en las acciones humanas, nos muestra como con el dedo cuáles son los escollos de la culpa que debemos evitar; la *Ascética*, que nos amaes-

(1) No es mi intento exponer una por una las dotes que, para ser Doctor, la Iglesia exige; sino únicamente la que se refiere á su doctrina. El abarcarlas todas sería extenderme demasiado; por lo cual, y por no tomar como argumento de este discurso lo que constituye un tema especial del certamen, prescindo de las demás.

tra para navegar á fuerza de remos por el ejercicio de las virtudes, cuya esencia define, cuyos actos clasifica, cuyo encadenamiento patentiza; la *Mística*, en fin, á la cual incumbe dirigir el alma, cuando elevada ya á regiones superiores y engolfada en el piélago de la divinidad, corre á vela henchida por mares desconocidos, alentada por el soplo divino, que viento en popa la acaricia. Todas estas tres partes de la ciencia teológica arrancan del Dogma y estriban en él como en sólido fundamento, siendo las verdades reveladas como otras tantas estrellas fijas que nunca hay que perder de vista, para no extraviarse y perecer víctima de funesto engaño.

5. Prefijadas así estas ideas, comienzo por asentar, sin peligro de ser desmentido, que Santa Teresa de Jesús da por supuestas en sus escritos la *Dogmática* y la *Moral*, desflora con admirable concisión la teología *Ascética*, asentando las piedras angulares sobre que está basada; y, entrando resueltamente por el dilatado campo de la *Mística*, le recorre con paso firme y sereno, describiéndonos sus prados amenos, sus árboles frondosos, sus sendas cubiertas de flores nunca marchitas, y sus aguas purísimas, que, manando del seno mismo de la divinidad, riegan aquellas deliciosas mansiones y las cubren de eterno verdor. No faltarán acaso quienes, apasionados admiradores de la Santa, tengan por osado en demasía el afirmar que la insigne escritora prescinde por completo en sus escritos de la *Moral* y el *Dogma* católicos, considerados como *ciencia*; ni tampoco quienes, deseando

concordar la fisonomía de la Santa con la de los eminentes teólogos que trató, y el título de Doctora con aquellos gloriosos tiempos en que se escribían infolios lo mismo que ahora se escriben folletines, poetizan sobre Santa Teresa, fingiéndosela á guisa de Bachiller en artes ó Maestro de Teología, ocupada en ergotizar acerca de cuestiones metafísicas. Los que tal creen, ó son novelistas eruditos de allende los Pirineos, que disertan sobre la Santa sin haberla leído, ó entusiastas crédulos y mal aconsejados de aquende, que, deseando engrandecerla, la empequeñecen y deprimen. No necesita nuestra Doctora Mística engalanarse con ajenas plumas, como el ave de la fábula, para aparecer ante los ojos del mundo radiante de hermosura; y por lo que á mí hace, soy de opinión que, para formarse cabal idea de su doctrina, es preciso comenzar por negarle los falsos títulos, en que su gloria ni puede ni debe cimentarse. Hay, es cierto, en sus obras conceptos profundos é ideas madres, que sintetizan lo que en vastos tratados apenas logran darnos á entender las mejores plumas de nuestros teólogos; y el alma sencilla que las lee, herida por esos relámpagos de luz, columbra en lontananza regiones luminosas adonde ni los más valientes ingenios á veces se remontaron. Así nos describe los efectos del pecado diciendo, que *tizna el espejo del alma, de manera que no puede reflejarse en ella la imagen de Dios* (1); así con rasgo sublime dice del demonio que *es el ser que no puede amar*; así define la humil-

(1) Mor. 1.^a, cap. 11.

dad con aquella expresion sencilla al mismo tiempo y enérgica, que su pluma ha hecho proverbial: *La humildad es andar en verdad* (1); así sabe distinguir entre el amor y la potencia volitiva que le produce, diciendo de él: *Es la saeta que la voluntad envía y hiere á Dios, y torna de allí con grandes ganancias* (2). ¿Qué más? Las impalpables sombras en que se envuelve la esencia divina y encubren el misterio de la Trinidad beatísima, los recónditos arcanos de la gracia y del orden sobrenatural, la vaporosa niebla que entenebrece el abismo de la culpa, todo se ilumina con los resplandores que arroja su pluma inspirada; pero ni la humilde escritora tuvo jamás la pretensión de condensar estas verdades en un cuerpo de doctrina sentando principios y deduciendo consecuencias, ni entró en los planes de Dios el henchir su entendimiento de abstracciones metafísicas y teóricas sutilezas. Amaestróle sí para la perfección de la vida práctica, abriendo escuela en el interior de su alma nobilísima, haciéndole conocer las vueltas y revueltas, entradas y salidas del pobre corazón humano, y disponiendo á este fin los sucesos de su vida con tal arte, que no hubiera en el camino de la virtud dificultades con que no tropezase, peligros en que no se viese, amarguras que no devorase, emboscadas, en fin, y tempestades horrendas de que no triunfase. Dios aquí fué su maestro, la oracion sus armas, el palenque el claustro, su adversario el propio corazón. Des-

(1) Mor. 6.^a, cap. x.

(2) *Conceptos de amor divino*, cap. vi, párr. 6.^o

bordáronse por espacio de muchos años las amargas olas de la tribulación sobre aquel espíritu entero, y entre zozobras y sobresaltos aprendió la escondida ciencia de dirigir las almas á Dios, como aprende el marino entre borrascas á dirigir al puerto la contrastada nave. Mas, por lo que hace á la formación literaria de su espíritu, ¿qué maestros tuvo? ¿á qué aulas asistió? ¿qué infolios manejó? Suprimidle el breviario y los devotos libros en romance; nada tomó en las manos que pudiera, no digo introducirla en la mansión de la sabiduría universitaria, pero ni aun franquearle la entrada á ese templo del saber humano. Y ésta, entre otras, es sin duda la razon porque buscaba solícita el trato y dirección de los hombres sabios, hasta tal punto, que apenas recuerda la historia de aquellos tiempos un hombre ilustre, cuyo saber y prudencia no utilizase la Santa para la prueba y dirección de su espíritu. Dejemos, pues, esos laureles de la escuela para ceñir las sienes de la famosa doña Oliva ó de la no menos renombrada doña Beatriz Galindo; pero no arranquemos de la frente de la Doctora abulense la mística aureola que la circunda y es su más preciado emblema, para trocarla con otras coronas que ella siempre despreció, y las cuales, si no la afean, menoscaban por lo menos el esplendor de su gloria.

6. Y ved aquí lo que la Santa, doctrinalmente considerada, no fué: pasemos ahora á desentrañar cuál es el carácter distintivo de su ciencia y lo que

constituye, por decirlo así, su genialidad propia. ¿Qué fué Santa Teresa de Jesús? Fué, responderemos con sus obras en la mano, la historiadora de su *Vida* y de las *Fundaciones*, la autora del *Camino de perfección* y de los *Conceptos de amor divino*, y ante todo, y sobre todo, fué la escritora de las *Moradas*.

7. Yo no sé si me equivoco y es ilusión de mi fantasía lo que tengo por convicción íntima y verdad inconcusa; mas, en mi entender, el libro de las *Moradas* es la expresión más genuína de su espíritu, la creación más valiente de su endiosada inteligencia, y un tesoro inexhausto de riquezas, donde encerró todo el caudal de sabiduría con que la oración perseverante y la experiencia de largos años la dotaron. No vayáis por eso á creer que tengo en poco los otros escritos suyos; quiero, por el contrario, dejar consignado aquí, que, en cuanto al mérito puramente literario, descuellan á mi ver sobre la presente algunas de las obras antes citadas. La *Vida*, por ejemplo, se aventaja en rasgos sublimes; las *Exclamaciones* en fuego de dicción, el *Camino de perfección* en rigor lógico, y las mismas *Cartas* en sencillez y naturalidad. Sólo prefiero las *Moradas* bajo el aspecto científico y doctrinal, al cual me circunscribo en estos apuntes. Doctrina hay también, aunque incidentalmente expuesta, en los demás escritos suyos; y sucede en esta materia á la Santa lo que á esas personas acaudaladas y pródigas de sus bienes, que por donde quiera que pasan van dejando un reguero de beneficios en pos de sí. Á este modo su pluma, sea que narre ó instruya, reprenda ó

consuele, nada sabe hacer sin derramar á raudales la ciencia de que estaba lleno su entendimiento. Con todo, sus obras doctrinales, propiamente dichas, son principalmente tres: la *Autobiografía*, el *Camino de perfección* y las *Moradas* (1).

8. La primera es una producción sin par en su género. Escribióse sin mirar á ningún modelo, hasta hoy no ha tenido rival, y en el tiempo por venir será la desesperación de todo escritor que pretenda emularla y hablar de sí mismo para legar su retrato á la posteridad. Cuando se piensa que ese libro fué escrito por una mujer que no sabía las nociones más elementales del bien decir, y con tal precipitación, que no corrigió ni una sola frase, ni volvió á leer jamás lo que su pluma impetuosa había una vez escrito, siéntese el ánimo estupefacto y asombrado al ver que trata de asuntos psicológicos con el interés de una novela, y hace anatomía del alma y escudriña los repliegues del corazón, como si hablara de cosas tangibles que ven los ojos y palpan las manos. Más aún: sin períodos, sin arte, sin gramática, supera en atractivo y candorosa ingenuidad, no diré al filósofo de Ginebra en sus confesiones (que ese tal la finge, no la tiene), sino también ¿osaré decirlo? al mismo San

(1) Los *Conceptos de amor divino* pueden y deben ser clasificados también como obra doctrinal; pero las ideas, ligeramente indicadas allí, están expuestas con más amplitud en las obras antes citadas, y por eso prescindimos casi por completo de ellas en este discurso. Lo mismo decimos de muchos capítulos de las *Fundaciones*.

Agustín en las suyas; y esto sin dejar de ser profunda como él, y clara y sencilla acaso más que él. Así y todo, la parte doctrinal de este escrito redúcese sólo á breves capítulos, en los cuales, con belleza inimitable sí, pero también con sobra de concisión, expone las diversas maneras como Dios obra en el alma y coadyuva sus esfuerzos. Bien quisiera no alargarme demasiado sobre este punto, sino apresurar el paso para entrar en el fondo de mi tema, que es la doctrina mística de la Santa; mas, siendo necesario considerarla antes como Doctora ascética, doy principio á este trabajo, entresacando de las tres obras precitadas lo que la insigne Maestra de espíritu ha escrito sobre esta materja.

9. El ascetismo de Santa Teresa, por lo tocante á su vida, está todo encerrado en el primer grado de oración, descrito por ella en todo el cap. XI de la misma. La sencillez y hermosura de este trozo literario es tal, que no puedo resistirme á copiar sus principales rasgos: «Ha de hacer cuenta el que comienza, »dice, que comienza á tener un huerto en tierra muy »infructuosa, y que lleva muy malas yerbas para que »se deleite el Señor. Su Majestad arranca las malas »yerbas y ha de plantar las buenas. Pues hagamos »cuenta que está ya hecho esto, cuando se determina »á tener oración una alma y lo ha comenzado á usar: »y con ayuda de Dios hemos de procurar como buenos hortelanos, que crezcan estas plantas, y tener »cuidado de regarlas para que no se pierdan, sino »que vengan á echar flores, que dén de sí gran olor

»para dar recreación á este Nuestro Señor, y así se »venga á deleitar muchas veces á esta huerta y á »holgarse entre estas virtudes. Pues veamos ahora de »la manera como se puede regar, para que entendamos lo que hemos de hacer y el trabajo que nos ha »de costar, si es mayor ganancia, y hasta qué tiempo »se ha de tener. Paréceme á mí que se puede regar »de cuatro maneras: ó con sacar el agua de un pozo, »que es á nuestro gran trabajo; ó con noria y arca- »duces, que se saca con un torno (yo la he sacado »algunas veces, es á menos trabajo que estotro y sácase más agua); ó de un río ó arroyo, esto se riega »mejor, que queda más harta la tierra de agua y no »se ha menester regar tan amenudo, y es menos trabajo mucho del hortelano; ó con llover mucho, que »lo riega el Señor sin trabajo ninguno nuestro y es »muy sin comparación mejor que todo lo que queda »dicho. Ahora, pues, aplicadas estas cuatro maneras »de agua de que se ha de sustentar este huerto, porque sin ella perderse ha, es lo que á mí me hace al »caso y ha parecido que se podrá declarar algo de »cuatro grados de oración, en que el Señor por su »bondad ha puesto algunas veces mi alma... De los »que comienzan á tener oración podemos decir son »los que sacan agua del pozo, que es muy á su trabajo, como tengo dicho, que han de cansarse en recoger los sentidos, que como están acostumbrados á »andar derramados, es harto trabajo. Han menester »irse acostumbrando á no se les dar nada de ver ni »oir, y á ponerlo por obra las horas de oración, sino »estar en soledad, y, apartados, pensar su vida pasa-

»da... Al principio andan con pena, que no acaban
 »de entender que se arrepienten de los pecados, y sí
 »hacen, pues se determinan á servir al Señor tan de
 »veras. Han de procurar tratar de la vida de Cristo,
 »y cánsase el entendimiento en esto... Esto es co-
 »menzar á sacar agua del pozo, y aun plega á Dios
 »la quiera tener; mas, al menos, no queda por nos-
 »otros, que ya vamos á sacarla y hacemos lo que po-
 »demos para regar estas flores. Y es Dios tan bueno,
 »que, cuando por lo que Su Majestad sabe, quiere
 »que esté seco el pozo, haciendo lo que es en nos-
 »otros, como buenos hortelanos, sin agua sustenta las
 »flores y hace crecer las virtudes.» Así explica la
 Santa el primer grado de oración, exponiendo luego
 en los capítulos siguientes, y sobre todo en el XIII,
 las virtudes propias de los que en él se ejercitan;
 apartamiento de las cosas del mundo, mortificación
 en el cuerpo y humildad en el espíritu. Los otros tres
 modos de regar el jardín del alma son el símbolo de
 tres grados de perfección más alta, que la levantan
 sobre la región de la ascética, y me darán materia
 para investigaciones posteriores. Basta á mi propósito
 el hacer observar aquí dos cosas: 1.^a, la hermosura y
 lozanía del símil con que sensibiliza concepción tan
 abstracta, y la vívida sencillez de estilo con que le
 expone y aplica; 2.^a, que para formarse cabal idea de
 su sistema ascético, no debemos ceñirnos á las breves
 nociones que aquí nos da, sino que es preciso estu-
 diarle en otros escritos suyos, donde, desenvolviendo
 la misma idea, desciende á particularizar el ejercicio
 de las virtudes, según ella las entendía.

10. En efecto, el *Camino de perfección* es ya me-
 nos sintético. Pone allí como fundamento la práctica
 de la pobreza, tanto espiritual como real; hace después
 avanzar al alma por el desasimiento de todo amor
 terreno, aun del que se tenga á sus deudos, y acaba
 por disponerla al ejercicio de la contemplación, mo-
 viéndola á sacrificar en aras de la humildad, no sólo
 la propia salud y vida, si necesario fuere, sino también
 el aprecio y estima de los hombres. Este perseverante
 batallar contra las tres concupiscencias de que nos
 habla el Apóstol, es, según el sentir de la ilustre
 Maestra, tan necesario para disponerse á recibir los
 dones de Dios, cómo es en el juego de ajedrez la dis-
 posición de las piezas para triunfar del adversario y
 dar mate al rey enemigo. Ved con qué donosura hace
 aplicación á la vida espiritual de esta comparación
 bellísima: «Creed, dice, que quien no sabe concertar
 »las piezas en el juego de ajedrez que sabrá mal
 »jugar; y, si no sabe dar jaque, no sabrá dar mate.
 »Aun así me habéis de reprender porque hablo de
 »cosa de juego, no le habiendo en esta casa ni ha-
 »biéndole de haber. Aquí veréis la Madre que os dió
 »Dios, que aun esta vanidad sabía, mas dicen que es
 »lícito algunas veces. Y ¡cuán lícita sería para nos-
 »otras esta manera de juego! Y ¡cuán presto, si mucho
 »lo usamos, daremos mate á ese Rey divino, que no
 »se nos podrá ir de las manos, ni querrá! La dama
 »es la que más guerra le puede hacer en este juego,
 »y todas las otras piezas ayudan. No hay dama que
 »ansí le haga rendir como la humildad. Esta le trajo
 »del cielo en las entrañas de la Virgen, y con ella le